

SESIONE  
oggi: B. Nieto  
T=5'02"

CON SPAGNOLO-ITALIANO  
STRORDINARIA DI FEBBRAIO 1998 A.A. 1997-1998

# La hora del empleo

1133/c

ROBERTO VELASCO

La vida está llena de paradojas y la economía no escapa a la regla. Veán, sino, la que protagoniza el flamante Banco Central Europeo (BCE): el portaestandarte de la Unión Monetaria, diseñado hace tiempo para luchar a brazo partido y en exclusiva contra la inflación, se ha encontrado con que, al iniciar su cabalgadura, no tiene enemigo contra el que combatir, porque la inflación murió y fue enterrada mientras los políticos europeos ajustaban la armadura a la institución y torneaban su lanza monetaria.

En su ausencia del monstruo, pueden ahora Duisenberg y sus huéspedes emular a Don Quijote y enzarzarse con las aspas de los molinos, o presentar como una tarea providencial y compleja la vigilancia necesaria para que los precios mantengan una dieta alimenticia parca en grasas. Pueden también esforzarse en demostrar a la opinión de que esa tarea le ocupará todo su tiempo; pero convencerán a muy pocos pues no hay economista en su sano juicio que se atreva a decir que las minúsculas variaciones de precios que se registran últimamente en los países de la Unión Europea puedan recibir el nombre de inflación, dado que, ante todo, un proceso en el que los precios suben de manera persistente y sustancial. En este sentido, el periodo inflacionario que ha vivido la economía occidental parece haber llegado a su fin y el propio Banco de España reconoce que "las tendencias que subyacen al comportamiento de los precios de consumo apuntan, en su conjunto, hacia una evolución globalmente estable de la tasa de inflación".

Si volvemos la vista atrás, la historia nos ofrece muchas oportunidades de observar las consecuencias sociales de una economía inflacionaria. La famosa espiral de precios y salarios corrompe

la moneda, genera devaluaciones competitivas y crea inestabilidad política; altera la distribución de la riqueza, en contra de pensionistas y funcionarios; y, como dijo Keynes, "es injusta, estimula el comercio de manera malsana (...) y desplaza el interés de los empresarios del proceso productivo". La guerra sin cuartel contra la inflación, en cualquiera de sus modalidades, estaba entonces, y también más recientemente, plenamente justificada; y hasta compañías pueriles destinadas a combatir la propensión a vivir peligrosamente se toleraban con una sonrisa tan comprensiva como cómplice. Incluso las críticas realizadas contra el excesivo énfasis puesto por las autoridades económicas en la lucha contra la inflación y sus negativas repercusiones en el empleo, se hacían con cierta sordina. Y es que el advenimiento de la inflación produjo un cambio de rumbo en la política del capitalismo, que optó por la estabilización del sistema más que por su expansión. De este modo, el objetivo del pleno empleo se sustituyó por el de una tasa de paro "aceptable", por más que, en algunos casos, resultara socialmente insufrible.

Nada de esto tiene ya justificación y, por tanto, si el Sistema Europeo de Bancos Centrales no reconoce que se ha quedado sin objeto social y sigue empeñado en luchar contra el fantasma de la inflación, el problema del desempleo seguirá ocupando el primer lugar de las preocupaciones de los ciudadanos en la Unión Europea. En este caso, el precio de hundir los precios será muy alto, porque, digámoslo bien claro, los costes de los procesos deflacionarios en los que nos podemos introducir, especialmente si se conducen con políticas monetarias restrictivas, pagan la actividad productiva y el empleo. Así que,

acostumbrémonos a vivir sin inflación, tanto los ciudadanos como, sobre todo, los Bancos Centrales. Será menos emocionante, qué duda cabe, pero mucho más provechoso. Lo mismo que ya está pasando en España, un país habituado a ver cómo los precios campaban por sus respetos, los ciudadanos se animarán a endeudarse para comprar viviendas, lo que estimulará su construcción; los sindicatos negociarán incrementos salariales y la creación de puestos de trabajo en función de la productividad de las empresas; la caída de los tipos de interés animará la inversión y el consumo; la gente volverá a disponer de información fiable sobre el futuro de los mercados; los pensionistas mantendrán sin sobresaltos su poder adquisitivo; y la tristemente famosa ilusión monetaria desaparecerá, como casi todas las ilusiones económicas, víctima de la realidad.

04-1133-C-FIN-3-CON